

«Donde rodó destrozada
La cadena que oprimía
La virgen sencilla y casta
Que el navegante Colón
En su demencia encontrara...»

¡Demencia! ¡Pobre Colón! ¡Cuánto mejor era que no hubieras descubierto esta gentel Andarían por allí á estas horas todos estos vates con sus plumas en la cabeza... pero no te llamarían loco.

«Este verso es un poco *infleccible*,» dice Charras hablando de otro verso malo, y sigue escribiéndolos cada vez peores.

«Porque también nacen *leones*
En la tierra americana...»

¡Qué han de nacer *lones*!
¡Lo que nace es cada pedazo... de sabio!

XIII

Allá va otro argentino de más campanillas literarias que Mahomet Charras; pero no mejor poeta ciertamente: D. Calixto Oyuela.

Ya le conocen ustedes por aquella famosa epístola á Martinto, ó á *Domingo amigo*, según él decía; pero como es académico de los correspondientes de la Española de la Lengua y muy devoto de los académicos de acá, bien merece otra soba.

Por cierto que los académicos de acá no le pagan muy bien su devoción, como verán ustedes.

En 1886 publicó D. Calixto, en Buenos Aires, un librito de versos titulado *Hojas sueltas*, y en 1891 publicó otro libro algo mayor, titulado *Cantos*.

De este último envió un ejemplar á un académico de Madrid, con su retrato, con una dedicatoria muy rimbombante y con una carta muy cariñosa; y el académico fa-

vorecido hizo tan poco aprecio del libro, del retrato, de la dedicatoria y de la carta, que todo junto fué á parar á una librería de viejo, donde un amigo mío lo ha comprado después por seis perros chicos (seis centavos).

El no creyó comprar más que el libro; pero luego, al ir á abrirle en casa, se encontró con que estaba dedicado y con que tenía la carta de remisión dentro.

En ésta, después de lamentar una desgracia de familia, dice D. Calixto:

«Envío á usted ahora un ejemplar de mis *Cantos*, que no sospeché yo salieran á luz en circunstancias tan tristes. Recíbale usted como débil testimonio de la *veneración* y alto aprecio que me inspiró usted, y *concédale un puesto en su biblioteca*, si no como obra de poeta, como afectuoso recuerdo de un amigo sincero.»

¡Qué ingratitud, Sr. D. Calixto, la de estos académicos!...

¡Responder á la *veneración* de usted!... Si no se puede venerar á nadie más que á Dios y á los santos y á sus reliquias...— ¡Responder á la *veneración* de usted y al deseo de usted de que concediera á su libro un puesto en la biblioteca, enviando el libro y la carta al Rastro!...

Le está á usted bien empleado, pero muy bien empleado, Sr. D. Calixto...

Para que aprenda usted á venerar académicos...

«Envío también—continúa Oyuela—un ejemplar de mis versos al insigne amigo de usted, D. Manuel Cañete, *cuya alta inteligencia, vasto saber y justo criterio...*»

Sí: adúlele usted de esa manera tan servil, que regularmente haría con el libro lo mismo que el otro.

Por lo *demáz*, como dice Cánovas, D. Calixto es un vate de corte académico riguroso, un cultivador de lo que ellos llaman la forma clásica. Sus versos se distinguen por sus muchos epítetos, por sus giros arcáicos y por su falta de sustancia.

La composición que ahora voy á analizar no es de los *Cantos*, sino de las *Hojas sueltas*.

La primera, por no andar escogiendo.

Después de poner un lema de siete líneas, en inglés, para que se sepa que lo sabe, D. Calixto se dirige á Fray Luis de León y le dice:

«Como celeste canto
Resuena tu *inspirada* poesía
Y asciende en vuelo *santo*,
Y su *alta* melodía
Limpias ondas de amor al alma envía.»

Ya lo ven ustedes. No siendo el alma, que

salió ilesa por casualidad, los otros seis sustantivos, de los siete que entraron en la estrofa, todos sufrieron su pedrada correspondiente.

El canto... *celestes*; la poesía... *inspirada*; el vuelo... *santo* (¿por qué?); la melodía... *alta* (¡caracoles con el *alta*!); las ondas... *limpias*...

Lo dicho: no se salvó de la pedrea más que el *alma*, con perdón de Mahomet Charras, que cree que no existe.

Vamos á otra estrofa:

«Vibra tu *grande* acento...»

Sigue el chorro de epítetos, ¿eh?

«Vibra tu *grande* acento,
No en el hervor del *popular tumulto*,
Do el que hoy oye...»

¡Hoy! ¡hoy! ¡hoy!...
¡Dios mío!... ¿Qué es esto? «Do el que
hoy oye...»
¡Qué oído el del Sr. Oyuela!...

«Do el que *hoy oye* el concento
De *fervoroso* culto,
Blanco es mañana de *candente* insulto...»

Nada, nada. Siempre lo mismo...

El insulto, *candente*; el culto, *fervoroso*, y el concento, que no salió con mote, salió con aquel acompañamiento de *hoy... oye*...

Todo esto después de haber sido el acento *grande*.

Pero nada tan grande como ese tercer verso:

«Do el que hoy oye el concento...»

Otra lira:

«Sino en la *suma* esfera...»

Quiere decir que no vibra su acento *grande* en el popular tumulto *do el que hoy oye*... sino en la esfera *suma*... etc.

«Sino en la *suma* esfera
Donde el *fanal* de la verdad fulgura,
Y en *tibia* primavera...»

También es gana de poner motes: llamar á la primavera *tibia*, para llamar *tibia* primavera al cielo.

«Y en *tibia* primavera
Aura de virtud *pura*...»

Todo con su ripio correspondiente...

Siga usted, D. Calixto.

«Tu voz, *sin pompa vana.*»

Naturalmente. ¿Cómo no había de ser *vana* la pompa? Sí, señor, *vana* y *ripio*.

«Tu voz, *sin pompa vana,*
Adulación sonora del sentido...»

Tampoco aquí es el *ripio* el *sonora* solamente, sino todo el verso.

«Se lanza *dulce y llana.*»

¡Bueno! ¿Sabe usted que adelantamos bien?...

Hasta ahora llevaba cada sustantivo un adjetivo; ahora ya un solo sujeto; la voz, lleva tres predicados, y Dios sabe si parará en eso.

Por de pronto es ya *dulce, llana y sin pompa vana...* y la misma pompa, además de ser *vana*, es *adulación sonora...*

«Tu voz, *sin pompa vana,*
Adulación sonora del sentido,
Se lanza, *dulce y llana,*
En el alma, *sin ruido...*»

Otro predicado más... y bueno. Porque ¡cuidado que una voz sin ruido!...

«Se lanza, *dulce y llana,*
En el alma, *sin ruido,*
Cual ave amante en el *oculto* nido.»

Nido *oculto*, ave *amante*, voz *dulce, llana, sin pompa vana y sin ruido...* Por último, ¡sin ruido!

Si los académicos no fueran gente de probado mal gusto, casi se podría disculpar la desatención del que vendió los *Cantos* de D. Calixto Oyuela á un chamarilero.

¡Porque como malos, son malos los *Cantos!*...

Pero esa disculpa en un académico no es admisible, porque precisamente por ser malos le hubieran gustado, si los hubiera leído. Como hechos á imagen y semejanza de los suyos.

«Rompió en un *nuevo oriente*
La hermosa lumbre de la *edad pagana,*
Y aquel ritmo *potente,*
Aquella gracia *arcana*
Se derramó en tu mente *soberana.*»

¡Epitetoso!... Y además *paganizante...*
¡Ritmo *potente!*... ¡Gracia *arcana!*...

«Mas la *antigua* hermosura
En tu sublime *fé,* en tu ardiente *celo...*»

¡Caracoles con el versito éste!...
Para que suene á verso hay que recitar-
le así:

«En tu sublime *fe*-uar-diénte celo...»

De modo que todo esto, *fe en tu ar*, ha de reducirse á dos sílabas, desapareciendo el acento de *fé* para cargarse sobre la otra *é*, la de *én*...

En fin, que no creía yo que el Sr. Oyuela lo hacía tan mal...

Aunque conocía su condición de académico, no creía que era tan... del todo académico.

Porque tiene los ojillos vivos en el retrato; y además, como se llama Calixto...

Pero ¡Ca... listo!

«Mas la *antigua* hermosura
En tu sublime *fé*, en tu *ardiente* celo...»

Si D. Calixto tuviera un poco de oído poético, hubiera dicho:

«En tu sublime *fé* y *ardiente* celo...»

El verso hubiera quedado ripioso, pero no mal sonante.

«Mas la *antigua*.hermosura
En tu sublime *fe*, en tu *ardiente* celo
Fundió su esencia *pura*,
Y con *místico* anhelo
Voló *serena* y *encendida* al cielo.»

¡Ya escampa!... Y llovían epítetos apareados. ¡*Serena* y *encendida*!...

«Cual urna *primorosa*
De *nitido* alabastro construida,
Se ostenta más *hermosa*,
Con más *luciente* vida
Si de *interno* fulgor brilla *encendida*.»

Primorosa y *hermosa* la urna, *nitido* el alabastro, *luciente* la vida (¡vamos, que una vida *luciente*!), *interno* el fulgor, etc.

Y luego, al lado de esta profusión de epítetos, ¡qué escasez de ideas!

¿Recuerdan ustedes qué es lo que ha dicho hasta ahora D. Calixto?...

¿Cuál es el pensamiento culminante de su composición?...

Trabajo le mando á quien trate de hallarle.

«Y el *oloroso* huerto
Que cultivas «*del monte en la ladera*
De bella flor cubierto,»
Por *secreta* manera
Tu mente eleva á la *celestes* esfera.»

Muy malo, muy malo.
En los dos últimos versos dos asonancias
insufribles, particularmente la del último:

«Tu mente *eleva-á* la celeste esfera,»

y en el penúltimo *manera y secreta*.

¡Es tan extraño esto siendo nuestra lengua tan rica!

Verdad es que no se adelanta gran cosa con que sea rica la lengua, si los vates son pobres...

Como el Sr. Oyuela.

«Y la vista tendiendo
A la *imperial dominadora* cumbre,
Volar quiere, venciendo
La *mortal* pesadumbre.»

Pero usted no la vence nunca.

Sino que siempre está usted vencido y dominado por esa pesadumbre ó pesadez *mortal*.

«Tú así, en ansia *constante*
Por *arrancarte* á la *terrena* arcilla,
Ardes por la *distante*
Esfera *sin mancilla...*»
(Mas no sin ripios, que hay una esportilla.)

Constante... terrena... distante, sin

mancilla... Y sin contar la asonancia de *arrancarte con constante*. Y sin contar el *arder por la distante...*

«Yo amo el fulgor *sereno*,
El raudal *crystalino*
De tu sencilla *fe y candor* divino.»

¡Uf! Qué verso más malo...

¿Sabe D. Calixto qué es *feican*, y si es de comer, con qué se come?

Y si no lo sabe, ¿por qué lo puso en ese verso?...

Pues así hay que leerle para que lo sea, diciendo *feican...*

De tu sencilla *feican-dordivino*.

¡Qué académicos éstos!

Y sigue:

«Henchido de *alto* anhelo...»

¡Cuántos *altos* y *altas* será bueno que haya sembrado el Sr. Oyuela en su vida, cuando en esta sola composición pone tres lo menos!...

Alta la melodía, y ya la altura ésta era una altura disparatada; *alta* la contemplación: ésta puede pasar, y *alto* el anhelo, que ya no pasa fácilmente...

La composición de Oyuela que sigue en

las *Hojas*, lleva por título *La lágrima*,
la... la...

Ni siquiera los títulos acierta á poner sin cacofonías.

Y empieza así:

«Cuando amistad ó amor nuestra *alma mueven...*»

Mamu... even...

¡Qué oído, Sr. Oyuela!

Antes, do el que *hoy oye*; ahora, *ma-*
mueven...

Casi lo mismo que aquel verso insufrible
con que empezó Quintana su oda al mar:

«Calma un momento tus soberbias ondas,»

donde parece que atropó todas las emes que
pudo.

Calma-un-mo-men...

Y, sin embargo, los *retóricos* progresis-
tas, á quienes ha seguido como un cordero
el agustino P. Blanco en su malaventurada
historia de la literatura española, han di-
vinizado á Quintana como poeta, y han
ponderado ese verso feroz como un prodi-
gio de onomatopeya...

«Reta el guerrero por *soñado* lauro
La muerte, en pos de *romancesca* fama;

Mas alza á su enemigo *en lid postrado*,
Y baña cada herida en una lágrima.»

Cuando lo entiendan ustedes, avisen. No
digo que no llegarán á entenderlo; pero tie-
nen que tardar un buen rato.

Y aparte de la oscuridad, desde luego
está mal lo de *bañar en*. Ahí se dice *bañar*
con... Porque *bañar en* es meter la cosa
que se ha de bañar en el líquido, y una he-
rida no se puede meter en una lágrima: se
puede humedecer con ella, y eso es *bañar*
con.

«Votos no puedo hacer por mi María...

(¡Pero eso cree usted que es poesía?)

Mi María antes ¡ay! á Amor tan cara,

(¡Ay, ay, ay!)

Y un tiempo fué que en su glorieta *umbrosa*
Esos votos premió con una lágrima.»

¡*Esos votos* que no puede usted hacer?
¿Y de quién era la glorieta? ¿De María, ó
del Amor?...

¡Don Calixto, Don Calixto!...
Que se da usted mucho pisto
Con su medalla dorada,
Y no es poeta ni es nada.

Siga usted:

«Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo.
(¿No tiene usted esperanza de ir al cielo?
Pues no está el cielo oscuro, amigo Oyuelo.)
Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo,
Y dentro su ataúd...»

¿Dentro del ataúd del alma?...
Explíquese usted:

«Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo,
Y dentro su ataúd mi cuerpo yazga,
Por mi tumba al pasar, do se consuma...»

¿El qué se va á consumir? ¿El alma?...
¿El cuerpo?... ¿El ataúd?... ¿La lágrima?...
El nūmen no será, porque... no hay de
qué darlas.

«Por mi tumba al pasar, do se consuma,
¡Oh! su polvo mojad con una lágrima.»

¡Oh! su polvo... ¿El de la tumba?... ¿El
del ataúd?...
El del diablo que lleve tanto ripio y tan-
ta bobería.

Lo que sigue en las *Hojas sueltas* es una
silva al presente siglo, que más bien de-
biera ser una *silba*. Pero el vate no lo en-
tiende así, y aunque con ciertas restriccio-

nes propias de católico-liberal, de los que
ponen una vela á Dios y otra al diablo, se
entusiasma al fin como un progresista cual-
quiera con los adelantos modernos, y dice
que

«. En cambio,
De la inflamada tea
Que el implacable inquisidor blandía,
Emblema de armonía,
Su esplendorosa luz manda la idea.»

¡Buena está la armonía que nos ha traído
la idea moderna!

La armonía de estarse acechando y ame-
nazando continuamente los jornaleros y los
propietarios, los ricos y los pobres, para
ver quién extermina á quién, cuando lle-
gue ocasión oportuna.

Verdad es que el vate confiesa en malos
versos que

«El invento de Guttenberg

(¡Vaya un heptasilabo!)

Más el error que la verdad difunde.»

Y censura al siglo porque *vuelca y sa-
cude*

«Las que el hombre adoró creencias divinas.»

como vuelca él las leyes prosódicas queriendo que *creencias* tenga sólo dos sílabas como si fuera *crencias*...

Después hay en el libro de Oyuela una cosa así como epístola en tercetos, dirigida á otro mal poeta argentino, á Rafael Obligado, con un lema en verso de Echeverría, otro argentino también *obligado* á ser mal poeta...

La epístola empieza así:

«Rara, á fe, Rafael...»

¡Buen principio!...

Ra-ra, á fe-Ra-fa...

De cinco sílabas, pues la *á* que precede á la *fe* se elide; de cinco sílabas, tres son iguales, *ra-ra* y *ra*, y las otras dos casi iguales, *fe* y *fa*...

Y esto en el primer verso.

¿Podría haber hallado el autor combinación más dura de sílabas para empezarle?

¡Rara, á fe, Rafael!...

¡Y pensar que todavía hace pocos días llamaba D. Juan Valera buen poeta á este D. Calixto!...

¡Claro! Buen poeta como él... que también es muy malo.

«¡Rara, á fe, Rafael, la humana vida!
Y tal...»

¿La humana vida... y tal?... Esto parece del *Regatero*...

«¡Rara, á fe, Rafael, la humana vida!
Y tal, que dudo á *decidir* se acierte
Si á *larga* risa-ó á llorar *convida*...»

El terceto comenzó duro y enrevesado, para continuar bajo y pedestre (*que dudo á decidir*), y acabar asonantado y ripioso, con la risa *larga* y la asonancia de *risa* y *convida*.

Creo que ni poniéndose adrede á hacer un terceto malo, se puede hacer peor que éste.

Y vamos al segundo:

«El hombre nace, y su *menguada* suerte
Le lleva, cual *doliente*-peregrino,
Al *temeroso* abismo-de la muerte.»

Prosáico también, muy prosáico.

Y también ripioso, como lo atestiguan la suerte *menguada*, el peregrino *doliente* y el abismo *temeroso*.

Y también con asonancias entre los hemistiquios y los versos, como *doliente* y *suerte*, *abismo* y *peregrino*...

Vamos al tercero:

«Y si *riega* un instante su camino
Rocío celestial...»

El rocío no *riega*: humedece, refresca, moja, empapa, rocía... todo menos regar. Regar es otra cosa.

No se podía aplicar á la acción del rocío un verbo más impropio.

«Y si *riega* un instante su camino
Rocío *celestial*, es porque sienta
Todo el rigor de su *infeliz* destino...»

Lo cual, á más de ser literariamente malo, tiene sus ribetes de blasfemia.

No: Dios, nuestro Señor, no nos dispensa sus favores celestiales para hacernos más infelices. El pensarlo es una impiedad, y el decirlo sin pensarlo es por lo menos una tontería.

Siga usted:

«¿Y luego? ¡Oh pobre humanidad sedienta
De *ignotas* aguas, cuyo cauce *en vano*
La *ignara ciencia*—descubrir *intenta*...»

¡Dale con los asonantitos! Y con los r-
pios.

Adelante:

«¡Oh *indescifrable* y *pavoroso* arcano,
Mientras *vivido* el sol reine en la esfera
Y el mundo rueda en el *etéreo llano*!...»

En el *etéreo* disparate querría usted decir... O por lo menos lo dice, aunque no quisiera...

¡Cuidado con decir que la tierra, que rueda en curvas alrededor del sol, rueda por un *llano*!...

Y sigue:

«Blanco azahar el rostro *iluminado*
De la *reciente* esposa, *orna* y *perfuma*,
Llorará en breve por el hijo *amado*,
Que en este valle de *perenne* bruma
Se deshace en nuestra alma la alegría
Cual *leve* copo de *albicante* espuma...»

¡Olé por los adjetivos... académicos!...

«Ya no surge en nosotros *soberana*
Aquella voz que *armónica* vibrando
Fuente era un tiempo de *delicia arcana*.»

Y todo lo demás de la epístola es por este estilo... Estilo muy *arcano* y un poco *albicante*...

Después hay una composición con este título: *En el álbum de Sara*, que empieza:

«Ríete, Sara, del que *torvo* estima
Eterno el duelo en la existencia humana...»
(*Pues ríete del vate que ahí encima*
Hizo esa propia estimación insana.)

Porque, efectivamente, en los primeros tercetos de la epístola á Rafael, á *Rara, á fe, Rafael*, afirmaba Oyuela eso mismo que aquí juzga cosa risible. Y aun algo más, como recordarán ustedes.

La siguiente composición lleva por título *La bóveda oscura*.

Es un romance, y empieza de este modo:

«*Junto á una bóveda oscura
De inmensos helados senos,
Donde imponentes vagaban
El Misterio y el Silencio,
Estaba una altiva joven,
En cuyo sereno aspecto
Solemne resplandecía
De la majestad el sello.*»

Defectos de estos ocho versitos:

1.º El adverbio *junto* muy impropio aplicado á una mujer y á una bóveda. ¿Cómo había de estar la joven *junto* á la bóveda?... ¿Suspendida de un cordel como una araña?... Si se tratara de una *columna* estaría bien el *junto*. Pero tratándose de una bóveda, la joven *altiva* estaría bajo la bóveda ó sobre la bóveda, no *junto*. ¡Si parece que estos vates académicos no han oído campanas en su vida!

Hay que usar las palabras con propiedad. ¡Tengamos acá lo de D. Antonio Cánovas,

cuando, traduciendo á Tomás Grossi, nos puso una golondrina *arrimada* á una ventana!...

2.º Los asonantes en medio de los versos, como *inmensos* y *senos*, *sereno* y *aspecto*, *Misterio* y *Silencio*, que aunque se escriban con letras grandes, como las escribe el autor, siempre son asonantes y están mal en un mismo verso. Y es más imperdonable este defecto tratándose de un romance donde hay gran libertad de elegir palabras, pues los consonantes no obligan.

3.º Los muchos adjetivos, pues cada sustantivo lleva el suyo, como la bóveda, que es *oscura*; el Misterio con eme grande, y el Silencio también con ese grande, que son *imponentes*; la joven, que es *altiva*; su aspecto, que es *sereno*; la majestad, que es *solemne*... y aun hay sustantivo que lleva dos, como los senos de la bóveda, que son *inmensos* (¡buena mentira!) y *helados*.

Y sigue:

«*Clara antorcha de su mano
Alzábase al firmamento,
Cual si esparcir luz quisiera
Por sus ámbitos inmensos.*»

Otra vez *inmensos*...

Pero si la joven *altiva* estaba debajo de la bóveda, ¿cómo había de esparcir la luz

de la antorcha, que alzábase de su mano,
por los inmensos ámbitos del firmamento?...
A no ser que la bóveda estuviera rota...
Sigamos á ver si nos podemos enterar:

«Llena de mortal congoja...

¿Quién? ¿La bóveda ó la joven?...

Llena de *mortal* congoja,
Llena de *ferviente* anhelo
(*Llenos los versos de ripios...*
Muchas llenuras van siendo...)
Veía *ese* antro *profundo...*»

¿Ese? ¿Y cuál es *ese* antro profundo? ¿El
firmamento ó la bóveda?

El firmamento debe ser, porque es lo úl-
timo de que usted más ha hablado...

«Veía *ese* antro *profundo*,
De sombras y horror cubierto.
¿Qué es del que al mundo *arrancado...*»

Arrancado... Sí. Más malo que arranca-
do es usted como poeta, Sr. D. Calixto...

«¿Qué es del que al mundo *arrancado*
Rueda á *ese* abismo *tremendo...*»

Pero ¿á cuál? vuelvo á preguntar. ¿Al
firmamento ó á la bóveda?...

Y... nada, que no se puede averiguar
eso.

La última composición del libro de las
Hojas sueltas é insustanciales se llama
Impotencia, y demuestra perfectamente la
del autor para la poesía.

Pero á un escritor italiano de mal gusto
se le ocurrió traducirla á su idioma, y he
aquí que el autor, más hueco que un azu-
carillo, añade á sus *Hojas sueltas* la tra-
ducción italiana de su *Impotencia*, y la lla-
ma *excelente*, aunque es casi tan mala co-
mo el original.

Este empieza así:

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor altivo...*»

Así, *cóndor* con su acento... Estos ame-
ricanos se empeñan en llamar *cóndor* al
condor, y hay que dejarles...

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor altivo*,
Que el vuelo tiendes *con potente ardor...*»

¡Frase más académica!... Parece de Ca-
ñete. Y ni el Marqués de Molíns ni el Con-
de de Cheste hubieran usado otra...

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor altivo*,
Que el vuelo tiendes *con potente ardor*
A bañar tu plumaje en el *inmenso*
Piélago de oro del *fecundo* sol...»

¡Alza! ¡Pilili!... Del *secundo* sol... ¿Por qué ha de ser el sol *secundo*?... Será fecundante.

«¡Oh! mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes *intenso*...»

Sien... tes-intenso... ¡Muy bonito!...

«¡Oh! mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes *intenso* y *férvido* vibrar.»

¡Atiza!... *Intenso* y *férvido*... y no añadió *concomitante*, porque ya no le hacía falta más relleno, que si no...

«El beso *eterno* que al *Criador* envía...»

No es verso, como diría el General Mitre á su compadre Charras; porque *Criador* tiene tres sílabas, y ahí no le ha dejado usted sitio más que para dos.

¡Hasta al *Criador* de todas las cosas y de los inmensos espacios le quieren estos vates oprimir y disputar el sitio!

«¿Por qué, si me negó naturaleza
De tu vuelo *imperial émulo* ser...»

¡Caramba, qué malito es eso de *émulo* ser!

Al que no lo lee y lo oye parece que le suena:

«De tu vuelo imperiale mulo ser.»

Vamos á ver en qué para el cuarteto:

«¿Por qué, si me negó naturaleza
De tu vuelo imperial émulo ser,
Encendió en mí estas ansias inmortales,
Esta de gloria *inmensa*, *inmensa* sed?»

Bueno: *inmensa*, *inmensa*.

«Aquí este *anhelo* devorante *eterno*.»

Verso desgraciado. Por la asonancia de *anhelo* y *eterno*, y además por la cacofonía de *devorante eterno*, que no puede menos de sonar *devorante terno*.

Y adiós, Sr. Oyuela.

Que usted se alivie.